

De capilla a plaza pública. San Victorino salió de una rifa

Oscar Escamilla
Periodista, TEUC

El hombre entró rápido a las Galerías Antonio Nariño, en el corazón de San Victorino, por una de las puertas que da a la calle 12. Iba con la idea de comprar una cobija. No alcanzó a dar dos zancadas cuando un vendedor lo detuvo esgrimiéndole en la cara una vara de guayabo lacada y un “¡Déjese atender caballero!”. La actitud avasallante del comerciante no le dejó otro camino que preguntar por el precio de los cobertores apilados a la entrada del local.

El vendedor sacó uno de los rectángulos lanudos de fondo gris, adornado con un par de líneas rojas, y le disparó el precio: 17 mil pesos. Lo que siguió fue una guerra de ofertas y contraofertas. “Le doy 10 mil”, decía el comprador. “No más mírela para que se dé cuenta de la calidad”, argumentaba el mercader, que intentó rematar la disputa con una última rebaja y parte del estribillo de un comercial de colchones “... ni peliemos por el precio, deme 15 por ella y duerma tranquilo”.

Cuando el vendedor alistaba una bolsa para empacar la cobija, el hombre desistió a última hora de la compra y huyó por el corredor de baldosas grises. Atrás suyo iban quedando los apretados colores de la ropa colgada en lo alto de otros locales, cuyos montones no dejaban individualizar ninguna prenda en particular. Abajo, sentados en viejas butacas de madera, brilladas por tantos años de recibir sus nalgas de expertos vendedores populares, los dueños, que pronto serán desalojados por cuenta de las políticas del alcalde mayor de Bogotá, Enrique Peñalosa, ni siquiera siguieron con la

mirada los apresurados pasos del comprador que huía.

En el pasillo, que en mejores tiempos fue bullicioso y estuvo lleno de compradores que dejaban en alto el nombre del consumidor de los estratos bajos de la capital y que de un tiempo para acá más parece la sala de espera de una funeraria, solo se escuchó el grito desesperado del persa criollo.

—¡Oiga no se vaya, aproveche los precios antes de que nos saquen!

Daniel Pedroza, el vendedor, dobló la cobija y la puso en su sitio, tomó el palo con forma de horqueta y apagó en lo alto de su puesto —el G3— el interruptor que controla simultáneamente el bombillo y la grabadora. “Ya nos toca aceptar todo lo que venga”, dijo con voz de perdedor. Sin quitar la mirada de la puerta sobre la calle 12, Pedroza esperó la entrada de otro posible comprador y lanzó una diatriba contra Peñalosa y sus políticas sobre recuperación del espacio público, que no son otra cosa para él, -llevaba 37 años en este sector-, que el triunfo de aquellos eternos interesados en quedarse con este pedazo del centro de Bogotá y valorarlo con costosos edificios y áreas comerciales para estratos más altos.

“Desde el mismo momento en que nos instalaron en 1962 nos han querido sacar. Nunca habrían podido, pero ahora parece que sí es en serio”, sentenció Pedroza, quien al igual que los otros 651 comerciantes de las Galerías Antonio Nariño, mantiene alguna esperanza de que un milagro los ayude a salir victoriosos

de lo que parece una derrota anticipada; perder ese universo de dos cuadras por dos, cercado por el ruido de los buses urbanos que suben y bajan por la Avenida Jiménez rumbo a los barrios más tradicionales de la ciudad.

A finales de 1997, Peñalosa conquistó la Alcaldía con la promesa, entre otras, de construir una ciudad donde se pudiera caminar por los andenes y donde el orden y la tranquilidad fueran parte del diario vivir en la caótica y desproporcionada urbe que es la capital colombiana. Y se comprometió a recuperar el espacio público al precio que fuera. Una vez electo inició los desalojos en toda la ciudad. Sacó a los 120 vendedores estacionarios y ambulantes de la carrera décima desde la calle primera hasta el centro internacional, a los pies de la plaza de toros. A ellos le siguieron más de un centenar de libreros de la calle 13 con carrera décima y 250 comerciantes más, que rodeaban las Galerías Antonio Nariño. Erradicó, en año y medio, a los vendedores ambulantes de 13 sectores del centro de la ciudad y de 16 más de diferentes localidades, incluido el norte. En total, fueron 4.500 comerciantes y la cifra, a juzgar por la actitud del Alcalde y su equipo, seguirá creciendo.

De nada han servido las reiteradas quejas de los desalojados vendedores, ni las intenciones, aparentemente desinteresadas, de algunos concejales y políticos con aspiraciones en la capital, y mucho menos las escenas de llanto y dolor de cientos de personas frente a las cámaras de televisión el año anterior, en momentos en que escarabajos metálicos de la Secretaría de Obras del Distrito devoraban las pálidas casetas amarillentas, que por años afearon varios puntos de la ciudad, en especial del centro. Tampoco valió de nada el fallo en favor de algunos comerciantes que interpusieron 1.016 tutelas ante la Corte Constitucional, con todo y sus magistrados.

Nada de eso ha intimidado a Peñalosa. Para algunos de sus críticos, al mandatario local

—un técnico con aire de egresado de Harvard— solo le ronda en la cabeza una Bogotá de cemento y de obras, a expensas de cualquier implicación social. También lo tildan de inflexible, radical e inhumano, adjetivos que comparten los comerciantes desalojados a quienes ha mandado temporalmente a sitios que ellos consideran poco rentables para sus ventas.

Por eso, desde que la decisión de desalojo fue tomada, los comerciantes de las Galerías Antonio Nariño decidieron tejer su propia mortaja. Sentados, sosteniendo en las manos sus inconfundibles varas de bajar la ropa, el emblema del vendedor popular, un oficio que se está perdiendo al paso de la construcción de los megacentros comerciales y almacenes don-

Por esa mala fama de San

Victorino, su valor

histórico hoy ocupa un

segundo plano o no

existe. Pocas personas

saben que durante el siglo XVI y XVII se

erigió una capilla con

ese mismo nombre,

.....
producto del azar y de

una extraña **coincidencia.**

Cuando la fueron a

bautizar, metieron todos

los nombres de los

santos cristianos en una

bolsa y en tres

ocasiones seguidas salió

San Victorino.

de el código de barras reemplaza el largo regateo de otras épocas, esperan el desenlace y la ayuda de uno que otro político interesado en el tema. “Ya nos ofrecieron 10 millones de pesos a cada uno por el local y la reubicación en un elefante blanco como a 14 cuadras de aquí llamado Gretas”, dice desalentado Pedroza, mientras clava su mirada en la nada y en su rostro cetrino y con barba de tres días se marca una mueca de horror como si hubiera visto el infierno por una rendija.

Las Galerías Antonio Nariño son inconfundibles, al igual que los precios y la manera de exhibir la mercancía en estantes metálicos atiborrados de zapatos que a duras penas aguantarían dos aguaceros, vestidos para quinceañeras y señoras de tierra caliente, chaquetas de peluche, trajes de mujer para ocasiones especiales, de pobres diseños y telas baratas. La mayoría están prendidos a la parte superior de los locales, distribuidos de la A a la L, muy cerca de los avisos de cada uno, que más parecen las tablas que señalan las rutas en las busetas del servicio público y que en su mayoría están bautizados con nombres propios: Julianas, Sandras, Cristinas, Isabeles, etc.

Este galpón pintado de un verde chillón, con amplios corredores de pisos de baldosa gris, que en tiempos de invierno son tomados por embravecidos arroyos que buscan afanosos una salida, fue fundado en 1962 por el entonces alcalde Jorge Gaitán Cortés. Por extraño que parezca, las galerías fueron el primer espacio otorgado por la administración de Bogotá a los 600 vendedores ambulantes de la calle 12 con carrera décima, campesinos desterrados en su mayoría por la violencia política, para la recuperación de los andenes y la legalización de las ventas callejeras.

Cuando Pedroza y los demás vendedores llegaron a San Victorino lo único que vigilaba el sector era la estatua del precursor independentista Antonio Nariño. Bajo la figura en piedra del prócer abriendo con su

mano izquierda su chaquetilla militar y con la otra sosteniendo en alto los Derechos del Hombre traducidos por él, se transaban encuentros sexuales entre prostitutas y transeúntes. Los ladrones del centro se citaban para tramar sus fechorías y los conductores intermunicipales rompían las promesas de amor hechas a vírgenes de pueblo que terminaban engrosando ejércitos de sirvientas. Ante semejante panorama los gobernantes de turno decidieron trasladar la estatua de Nariño y plantarla en uno de los patios del palacio presidencial. Ahora sólo lo molestan las palomas.

“Cuando nosotros llegamos aquí sólo había unos planchones para colocar la ropa y unas paredes sin techo. El piso era de madera y los ladrones merodeaban el sector. Eso hicimos verbenas, rifas y bazares para conseguir la plata suficiente y organizarnos como era”, cuenta Pedroza. Hoy este pedazo de ciudad, así como todo San Victorino, no ha podido exorcizar la mala fama de ser un sitio obligado de delinquentes y vecina de la ciudadela del horror humano conocida como El Cartucho, pese a que sus comerciantes han hecho grandes esfuerzos para garantizar la integridad de sus compradores, desde la vieja costumbre de linchar a ladrones que alcanzan a atrapar, como por la cantidad de vigilantes privados que deambulan por los pasillos en el típico gesto de dejar caer el bolillo sobre la palma de la mano al compás de cada paso que dan. Sin embargo, el huraño gesto con el que miran al que no sea parte integral de ese universo de tejas bajas no alcanza a tranquilizar a los aterrorizados transeúntes, que compran a contra reloj, en un ritual de regateo y sacada de billetes de los lugares más inesperados de su cuerpo, para salir raudos por cualquier salida sin dejar rastro.

Por esa mala fama de San Victorino, su valor histórico hoy ocupa un segundo plano o no existe. Pocas personas saben que durante el siglo XVI y XVII se erigió una capilla con ese

mismo nombre, producto del azar y de una extraña coincidencia. Cuando la fueron a bautizar, metieron todos los nombres de los santos cristianos en una bolsa y en tres ocasiones seguidas salió San Victorino.

La iglesia estuvo en pie durante un siglo, hasta que fue arrasada por el histórico terremoto de 1827. Su nombre quedó intacto y el lugar se transformó en una plaza y de paso en el primer mercado público de la ciudad. Durante años, y por órdenes de un virrey español, se instaló una pileta que fue cambiada en 1890 por el primer gerente del acueducto, Ramón Jimeno. A principios del siglo, la pileta le dio paso a la estatua de Antonio Nariño, que durante un buen tiempo vigiló el sector, arrasado casi en su totalidad durante el Bogotazo.

A San Victorino lo llaman el ‘Unicentro de los pobres’, y ha sido por excelencia el mayor y más feo centro comercial del país. Por sus laberínticas calles, corredores, pasadizos y puertas, atestadas de vendedores ambulantes, provisionados con toda clase de artículos, desaparecen raponeros y carteristas más veloces que cualquier campeón nacional de obstáculos.

Acostumbrados a esquivar y a desafiar la Carrera Décima, la arteria vial con el mayor flujo vehicular de la ciudad, estos ladrones, la mayoría de ellos menores de edad, aterrizan con sus ganancias a unas cuantas cuadras de allí, en El Cartucho, y de paso le dan la peor fama al sector, convirtiéndolo en uno de los más peligrosos de Bogotá.

Pese al carácter inhóspito de sus casas, que más parecen viejas octogenarias, maquilladas para aparentar sus años tras gruesas capas de



pintura y recostadas unas contra la otras, fueron en su momento, viviendas de próceres, herederos de conquistadores y hasta fundadores de la ciudad. Hoy son la sede de cacharrerías, depósitos de drogas, almacenes de ropa, centros comerciales y hasta la sede de La Pajarera, una construcción abigarrada de locales donde se venden bisuterías en plata y otras 'joyas' de dudosos materiales.

Hasta hace poco las calles de San Victorino parecían siempre en verbena. Parapetados en la parte trasera de viejos camiones, malabaristas de la loza estrellaban pocillos, platos, ollas y toda clase de utensilios para atraer clientes que, incautos, se llevaban baterías de aluminio y vajillas completas que a los pocos días no resistían el trajín y terminaban desportilladas.

Los espectáculos eran matizados por rancheras que sonaban a viejas, canciones de Noel Petro, vallenatos de colección y toda clase de música en casetes piratas que gorgoteaban como si les fuera a dar ataques de asma en los parlantes de enormes grabadoras.

San Victorino todavía no desaparece. Por sus calles aún transitan compradores cargando a sus espaldas grandes bolsas de basura, repletas de mercancía, para abastecer almacenes de otras ciudades o de diferentes sectores de Bogotá, y uno que otro señor encorbatado con un maletín de cuero inflado por los muestrarios de ropa para vender en esas colmenas que ofrecen el "machete" de moda a menor precio que en los centros comerciales de pisos relucientes, espacios amplios, carruseles para niños y adolescentes vitriniando.

Hasta este pedazo de zona franca de cacharros llegan a diario hombres enruanados, recién bajados de un bus intermunicipal y con cara de despiste buscando cobijas; niños pegados a la boca de un frasco chupando pegante de zapatería, hablando solos mientras contemplan elefantes voladores en el cielo, y hippies que venden manillas, aretes y adornos con cierto aire hindú, organizados estrictamente en una

suerte de maletas rectangulares de madera que se cierran a la voz de "¡Pilas que viene la policía!".

Por ese sinnúmero de locales de químicos, droguerías, cacharrerías, almacenes de comestibles en grandes cantidades, se pasean de día y de noche olores a chorizo asados en parrillas criollas, a chicharrón frito en manteca trasnochada, a yerbas quemándose en singulares inciensos para la buena suerte y las malas energías, a transeúntes sin bañarse, a exhostos de buses viejos y, últimamente, a tierra. De color amarillento que avieja la ropa y que palean a diario trabajadores uniformados que siguen como hormigas a una retroexcavadora que limpia el lugar en donde por años trabajaron cientos de vendedores estacionarios.

Ese animal metálico de color amarillo mordisqueando la tierra no es más que la muestra de que el proyecto de la Renovación Urbana, del alcalde Peñalosa, va en serio. Hasta existe una maqueta de palabras que describe el San Victorino del futuro con una plaza pública: la más grande del país. Unida a un centro comercial, zonas arborizadas y de parqueo, cerca de una de las estaciones del futuro metro y hasta el parque del Tercer Milenio, que se apoderará de ese cementerio de drogadictos que es el actual Cartucho.

bojas Universitarias.....

